

Chapter Title: INTRODUCCIÓN

Book Title: Afganistán

Book Subtitle: la revolución islámica frente al mundo occidental

Book Author(s): Roberto J. Blancarte

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv6jmxdq.3>

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



*El Colegio de Mexico* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Afganistán*

JSTOR

## INTRODUCCIÓN

El ataque del pasado 11 de septiembre a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono en Washington, ha puesto nuevamente bajo los reflectores al Islam, particularmente en su versión “fundamentalista” y, como hace poco más de 20 años, a una región cuyo centro neurálgico es Afganistán.

No es, en efecto, un fenómeno totalmente nuevo. Desde hace algunas décadas, el mundo occidental ha vuelto su atención a una serie de acontecimientos sociales en el mundo islámico que han transformado en gran medida el panorama internacional. En Irán, una dinastía con más de cincuenta años en el poder, poseedora de un aparato de represión reputado como uno de los más poderosos del mundo, cayó en 1978 ante un movimiento de masas que defendía un proyecto de civilización islámica. En Afganistán, la extensión de la guerrilla musulmana culminó con un gobierno de orientación marxista y con una invasión, la soviética, después de diez años de lucha. En otros países, como Egipto, Palestina, Líbano, Arabia

[11]

Saudita, Indonesia, Filipinas y Pakistán, también han brotado de manera intermitente movimientos extremistas islámicos que han puesto en serios aprietos a sus gobiernos. Éstos son los signos más evidentes de una forma de resistencia popular contra Occidente. Pero también se sabe que en las repúblicas del Caspio y de Asia Central existe una oposición que ha conducido a una resistencia más bien en estado latente (salvo Chechenia), pero igualmente con probabilidades de que estalle en cualquier momento.

Todas estas luchas populares son manifestaciones de un fenómeno que por su fuerza transformadora y su raíz civilizacional musulmana se ha dado en llamar el “Islam revolucionario”, muchas veces confundido con el fenómeno más específico denominado “fundamentalismo islámico”. Es en la diversidad de esta resistencia donde se puede encontrar la unidad de la lucha por alcanzar un desarrollo propio que pretende, además de tener una capacidad transformadora, ofrecer un proyecto para el futuro.

La resistencia popular contra Occidente comienza a gestarse, y de hecho surge como una respuesta, en los momentos en que las potencias europeas penetran en la zona y la acción de éstas se manifiesta como una fuerza desintegradora que amenaza directamente a la civilización localizada allí desde hace doce siglos, es decir, a la cultura islámica.

Sin embargo, todavía hace algunos años el mundo occidental sabía poco de esta lucha y de los pue-

blos que la llevan a cabo. Hasta fecha reciente, Afganistán fue un país olvidado por el mundo occidental. Su importancia para Europa y Estados Unidos ha estado determinada históricamente por razones geoestratégicas. Eso explica que los estudios sobre Afganistán adquirieran relevancia sólo en la medida en que la región se tornara geopolíticamente importante para las grandes potencias. Precisamente por eso, las esporádicas apariciones que este país ha tenido ante los ojos de Occidente durante los últimos 160 años se relacionan con intervenciones extranjeras cuyo objetivo básico ha sido la conservación de un determinado orden regional.

Al parecer, la primera vez que Afganistán surgió como tema dentro de la opinión pública occidental fue en los años de 1838-1842, cuando la invasión británica a dicho país provocó una ola de indignación entre los partidarios anticolonialistas en Gran Bretaña. De esa época datan algunos artículos que sobre dicha invasión publicara, entre otros, Karl Marx.

Hoy Afganistán ocupa nuevamente un lugar importante en las preocupaciones políticas de Occidente debido a circunstancias similares, sólo que esta vez la intervención es realizada por Estados Unidos de América, como hace veinte años la invasora fue la Unión Soviética. En este último caso, aunque casi un siglo y medio después, el resultado fue casi el mismo: la rebelión popular generalizada en contra del invasor. En el 2001, aunque muchos lo consideran pre-

visible, más allá de la caída del gobierno talibán el desenlace es incierto. Porque en el fondo, si bien existen semejanzas que unen a estos distintos momentos históricos, las causas y circunstancias no son idénticas. Aprendamos pues de las enseñanzas de la historia, pero cuidémonos de pensar que ésta se repite sin más, de manera exacta.

La perplejidad del mundo occidental ante la sociedad e historia afganas se manifiesta hasta en los detalles más pequeños. Uno de éstos es el de la ubicación geográfica del país. Al revisar la bibliografía sobre el tema, el interesado se encuentra con que algunos estudios insertan a Afganistán dentro del Medio Oriente, otros en Asia Central, algunos en Asia del Sur, e incluso se le encuentra como parte del Lejano Oriente. Esto podría significar que, ante los ojos del mundo occidental, Afganistán es una especie de “tierra de nadie” en donde sociedad y costumbres se antojan oscuras e indeterminadas; en otras palabras, un “reducto del pasado”, de una historia que se considera estática y es, por tanto, ignorada.

Hace más de dos décadas, en diciembre de 1979, la intervención soviética en Afganistán impuso la necesidad de responder a una serie de interrogantes: ¿Por qué invadió la URSS ese país? ¿Qué papel desempeñaron en ese entonces las potencias del mundo capitalista? ¿Cómo se insertaba esta intervención en el juego de las relaciones regionales e internacionales? ¿Por qué había una rebelión generalizada en

contra de un régimen que pretende favorecer a las clases populares? ¿Por qué tiene esta rebelión un carácter islámico? ¿Cuál es el origen de esta resistencia? ¿Qué programa tiene? Las preguntas hoy son similares: ¿Por qué Afganistán? ¿Qué sucedió en ese país al concluir la Guerra Fría? ¿Cómo es que los talibán llegaron al poder? ¿Qué papel desempeña el fundamentalismo islámico? ¿La intervención estadounidense terminará con el extremismo religioso? ¿Resolverá el problema de la relación entre el mundo islámico y Occidente?

Es evidente que la respuesta a estas preguntas no podría ser completa si se buscara una interpretación solamente a través del examen de factores externos, analizando a Afganistán como un país cuya historia está meramente sujeta al vaivén internacional. Para encontrar explicaciones históricas a los sucesos actuales es necesario el estudio de la sociedad afgana y de sus manifestaciones culturales y civilizacionales, enmarcadas en un contexto internacional.

Una de las principales dificultades que los estudiosos occidentales tienen al analizar el fenómeno de los mujahedín afganos, así como la resistencia islámica en general estriba en que, aparentemente, la historia de estos pueblos entra en su consideración sólo cuando aparecen reacciones a las intromisiones externas. Esta percepción imagina a las sociedades islámicas como pueblos atrasados, estancados en sus tradiciones y cuya historia se detuvo hace varios siglos.

De esta manera, los pueblos de Afganistán son vistos como objetos de la historia. Las sociedades afganas se conciben a manera de estructuras inmóviles, cuya evolución depende en mayor o menor grado de las influencias externas que hayan recibido. Esta interpretación es incompleta, por no decir errónea.

Afganistán es a la vez objeto de los juegos de las grandes potencias, sujeto de su historia con desarrollo propio. Al respecto, la especificidad del Islam y el desarrollo del movimiento popular son dos características básicas que marcan el curso de su historia moderna. El Islam como elemento de identidad supranacional y civilizacional genera el islamismo, el cual representa para muchos una alternativa válida al modelo occidental. El islamismo es una ideología con múltiples manifestaciones, desde las más abiertas a la modernidad hasta las más cerradas. El fundamentalismo, por su parte, es sólo una de las muy variadas expresiones del Islam y del islamismo.

No hay nada más equivocado que suponer que el mundo islámico rechaza todo lo que proviene de Occidente. Los musulmanes repudian lo que intuyen va a debilitarlos frente al agresor, pero incorporan rápidamente los instrumentos que los fortalecen y que les permiten defenderse más eficazmente. La historia del enfrentamiento entre Occidente y el mundo islámico está colmada de hechos ilustrativos al respecto. Una anécdota simbólica es aquella en la cual a fines del siglo XIX el emir Abdur Rahman respondió a la

invitación británica para inaugurar el ferrocarril que llegaba hasta la frontera afgana, preguntando si era una costumbre inglesa invitar al herido a que viera la llaga hecha en sus entrañas después de haberle hundido el puñal.

Los emires afganos destinaban la mayor parte de sus ingresos a la compra de armamento y municiones. Sin embargo, al mismo tiempo se negaban a conceder el permiso necesario para la construcción de los ferrocarriles en su territorio. Estos hechos muestran que los dirigentes afganos podían diferenciar con certeza los instrumentos “modernizadores”, que tenían valor como tales para sus proyectos, de los que podrían ser instrumentos de dominación. Después de casi dos siglos de agresión por parte de Occidente, es prueba de la resistencia afgana el hecho de que actualmente Afganistán no posea un kilómetro de vías férreas. Lo anterior es sólo un ejemplo de una historia que sigue influyendo el presente de Afganistán.

En este sentido, una de las principales dificultades por superar es la interpretación economicista de los sucesos afganos; instancias como el tribalismo, la cultura y la religión, hasta épocas muy recientes han sido descuidadas como móviles sociales por los analistas occidentales.

Cuando se observan los fenómenos sociales de Asia y África islámicas bajo una perspectiva eurocentrista, se genera una concepción y una terminología devaluadas por prejuicios. Éstos son muestra de

una incapacidad para entender manifestaciones culturales distintas a las de la propia civilización. El Islam es visto entonces sólo como una ideología retrógrada, al servicio de los intereses más oscuros. El tribalismo se presenta como una forma de organización atrasada en la cual no cabe la posibilidad de participación en la toma de decisiones y que al mismo tiempo hace perdurar mecanismos de corrupción y explotación. La etnicidad pasa a ser una explicación en sí misma de las diferencias y conflictos al interior de estas sociedades multinacionales o multiétnicas.

Uno de los objetivos de esta obra es revisar críticamente algunas de las anteriores interpretaciones, subrayando la participación de los pueblos involucrados en la resistencia contra Occidente. Ésa es la causa por la que se analizan los movimientos insurreccionales en Irán, Afganistán y el Asia Central, los cuales forman parte de un mismo fenómeno.

En este estudio se pretende reconstruir la formación del pensamiento revolucionario islámico a través de las distintas respuestas ideológicas a la penetración occidental. La lucha por la liberación “nacional” o “civilizacional” se define entonces a través de un amplio abanico de posiciones frente a la penetración “colonial”, “imperialista”, o “globalizadora”. El Islam revolucionario se nos presenta como la última manifestación, o la más acabada, de un pensamiento que se ha construido a lo largo de una tradición de resistencia.

También buscamos aquí analizar el carácter de las

luchas populares en la región que comprende las repúblicas de Asia Central, Irán y Afganistán. Pretendemos demostrar que el combate de los mujahedín afganos, junto con la revolución de masas triunfante en Irán y siempre latente en otros países vecinos, recoge y forma parte de una historia de lucha en contra del intervencionismo occidental. Esta oposición se manifiesta de distintas maneras, y la resistencia armada es sólo una de ellas. Por eso no es ocioso mostrar esta lucha histórica en la diversidad de sus formas y, al mismo tiempo, en la unidad de su esencia.

En la época actual, esta lucha aparece al mismo tiempo magnificada y ensombrecida por los actos extremistas de Osama Bin Laden y Al-Qaeda, en connivencia aparente con el gobierno talibán. Sin embargo, esta convergencia temporalmente limitada no debería confundirnos acerca de la situación y posición de la mayor parte del pueblo afgano. En otras palabras, el surgimiento y predominio de una corriente “fundamentalista” afgana (con apoyo de Pakistán), ligada a un grupo “terrorista” de origen saudí árabe, no es más que una expresión extrema, radical y ciertamente desesperada (a la que denominamos fundamentalista por comodidad) de una resistencia antioccidental que históricamente ha sido más bien defensiva.

Nuestra visión del fenómeno sería incompleta si no se presentara el desarrollo histórico de estas sociedades en el contexto de las relaciones internacio-

nales en la región. Es importante por ello la reevaluación de ciertos hechos históricos que condicionarían posteriormente algunas de las posiciones afganas hacia el mundo exterior. Con todo esto se pretende demostrar que un factor esencial de la intervención occidental en Afganistán, cuyos ejemplos más recientes son las de Estados Unidos y la Unión Soviética, ha sido el temor a la expansión de la revolución islámica en la región. En 1979, los dirigentes de la URSS invadieron el país debido a la posible agudización de la resistencia latente en sus propias repúblicas musulmanas. Dicha profundización de las contradicciones al interior de la Unión Soviética habría tenido su origen en el impacto causado por la extensión de la rebelión islámica en la zona. Veintidós años después, Estados Unidos reacciona frente a un ataque en su propio territorio. Puede parecer una situación completamente distinta. Sin embargo, en el fondo, su intervención en Afganistán tiende, como la soviética de dos décadas anteriores, a eliminar en el corto plazo la amenaza de la expansión del extremismo islámico y, en un término más largo, otras formas de fundamentalismo y de resistencia o rebelión islámica antioccidental. La Unión soviética, con la invasión de Afganistán, no hizo más que exacerbar dicha resistencia. Estados Unidos requerirá también de más que una invasión para transformar sus relaciones con el mundo islámico y revertir dos siglos de agresión occidental.

Este libro tiene su origen en mi tesis de licenciatura, que hice al calor de los primeros años de la invasión soviética en Afganistán. En aquel momento (1981), me percaté de que, para comprender las motivaciones soviéticas de dicha intervención, era necesario comprender la revolución islámica y la geopolítica histórica de la región. Dos décadas después, Afganistán vuelve a estar en el centro de la atención mundial, en circunstancias más trágicas y de mayor trascendencia para todo el mundo. Durante ese periodo, la acción de las potencias no ha hecho más que alimentar y exacerbar los fundamentalismos y el rechazo del mundo islámico frente a Occidente. Idealmente, la actual estrategia estadounidense tendería a solventar este error. Pero hacerlo significa antes que nada reconocer los sucesos históricos que han generado esta situación.

No quisiera dejar de agradecer a quienes hace veinte años y ahora colaboraron en la elaboración de esta obra. A Celma Agüero le debo no sólo brillantes y valiosas aportaciones al enfoque del estudio, sino también —y quizás sobre todo— su apoyo en los momentos en que esta investigación era sólo un proyecto. También deseo dar gracias a Manuel Ruiz por sus valiosos comentarios, así como pertinentes correcciones; a Humberto Garza por haber revisado críticamente el cuarto capítulo; a Vicente Villamar, quien me facilitó una cantidad considerable del material documental; Francisco Alonso me permitió revisar los archivos disponibles en 1981 de la Secretaría de

Relaciones Exteriores; Julio Berdegué, José Luis Cortés, Edmé Domínguez y Alejandro García Moreno hicieron posible que recibiera documentos claves para el trabajo. Expreso también mi agradecimiento a Dulce María y Beatriz Blancarte y a Esther Díaz por su labor mecanográfica hace dos décadas, y por su invaluable ayuda actual a mis asistentes Jessica Hernández Loredó y Jorge Echeguren.

Quiero mencionar de manera muy especial al director del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, el profesor Gustavo Verduzco, por su amigable apoyo para la conclusión de esta obra, así como a Francisco Gómez y al Departamento de Publicaciones que dirige, por el empeño para que este libro fuese impreso de manera rápida y oportuna.

Huelga decir que ninguna de estas personas es responsable de las eventuales fallas de este libro. Por el contrario, su ayuda ha sido esencial para lograr su elaboración. Al respecto, es importante mencionar que, sin ser especialista de estas lenguas, intenté transliterarlas al español de acuerdo con sus sonidos aproximados. De esa manera Khan pasó a ser Jan, Tajik pasó a ser Tayik, Muhamad (Mahoma) pasó a ser Mujamad, etc. Pido disculpas por los inconvenientes y eventual confusión que esto pueda generar.

Finalmente, dedico este libro a mis hijos, Francisco, Emilia y Paula, quienes no habían nacido cuando comenzó a elaborarse, pero me han dado ahora algo de su tiempo para poder terminarlo.